

Naturaleza y empatía en tiempos de pandemia

Paula Cristina Mira Bohórquez

Corren tiempos difíciles para toda la humanidad; no solo vivimos la mayor pandemia de los últimos tiempos, sino que esta, además, ha patentizado problemas estructurales de nuestras sociedades, tales como precariedad en los servicios de salud pública, pobreza y desigualdad, violencia en los hogares, especialmente contra niñas, niños y mujeres, entre otros. La CEPAL anuncia que la pandemia llevará a la mayor contracción económica en la historia de Latinoamérica y del Caribe, lo que significará millones de personas abandonadas a la pobreza pluridimensional, la miseria y el hambre. Mucho se ha hablado en estos días acerca de salir “renovados” de esta pandemia, de “aprender de ella” o de cómo la naturaleza está “retomando su lugar” gracias a nuestro encierro. Las esperanzas de que esto suceda se van perdiendo; era poco probable que cambiáramos el rumbo en medio de una crisis planetaria muy difícil de entender, con datos e información nueva cada día, y que ha llevado a millones de personas al límite de la supervivencia. Por lo demás, el poco espacio que la naturaleza haya podido “retomar” se perderá de nuevo con la anunciada recuperación económica que, desde ya, se muestra como un fortalecimiento de las actividades más contaminantes.

El discurso guerrerista se ha apoderado de todos los medios por estos días, con expresiones como “vamos a ganar la batalla”, “enemigo común” o “la guerra contra el coronavirus”, que arroja un velo sobre la participación humana en las causas de la pandemia, y oculta nuestra ecodependencia, dejándonos con la idea de que, una vez “vencido” ese enemigo común, volveremos al buen estado de las cosas. Un pequeño recorrido por algunos hechos nos da una idea de que estamos en el centro de los

acontecimientos, como especie depredadora de recursos, que destaca por su poca empatía y poca comprensión de sus condiciones de vida y las de los demás seres con los que comparte el planeta.

Los primeros infectados por el virus SARS-CoV2 se vieron en Wuhan (China) en diciembre del 2019, y, aunque todavía no hay certezas sobre el tema, todo parece indicar que la fuente fueron los mercados de animales en esta ciudad donde se comercia con animales vivos y muertos. Este se suma a la lista de virus de transmisión zoonótica (de un portador animal a los humanos) que se han presentado en los últimos tiempos: el Ébola, el SARS y el MERS son otros de ellos. La deforestación, la invasión de zonas naturales y hábitats de muchas especies, el tráfico de especies y la crianza intensiva, como lo indican muchos investigadores, han propiciado el contacto con estos tipos de virus. Millones de cerdos (se calcula que casi el 40 % de la población porcina, la mayoría de ellos confinados en granjas de crianza intensiva) murieron en China el año pasado por causa de la llamada Gripe Porcina Africana (ASF). Se estima que China y Australia concentran la mayor cantidad de granjas de crianza masiva o macro granjas, que no son otra cosa que miles de animales hacinados en espacios en los que no pueden moverse, y que, por las mismas condiciones de su confinamiento, se vuelven caldo de cultivo de todo tipo de virus.

Robert G. Wallace, autor de libros como *Big Farms Make Big Flu. Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science and Farming Human Pathogens: Ecological Resilience and Evolutionary Process* afirmó hace poco en una entrevista que: “El agronegocio está dispuesto a

poner en riesgo de muerte a millones de personas". Científicos chinos alertan sobre una nueva cepa del virus de la Gripe Porcina, que tiene el potencial de convertirse en la causa de otra pandemia. Hace poco vivimos (aunque ya olvidamos) el escándalo de la boldenona en vacas colombianas; este es un esteroide anabolizante que se usa para acelerar el crecimiento y aumentar la producción de carne y que tiene, como es obvio, efectos secundarios en el cuerpo humano. El panorama es desalentador, teniendo en cuenta la advertencia de muchos investigadores de cómo cambiarán las condiciones de vida en el planeta por los efectos del cambio climático; por ejemplo, David Wallace-Wells en su libro *El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento* nos habla de muerte generalizada por el calor, hambruna, incendios, falta de agua y plagas, entre otros. Y Manuel Rodríguez Becerra en *Nuestro planeta, nuestro futuro* muestra que, con un par de grados más, sufriremos la amenaza de pérdida de glaciares, aumento del nivel del mar, sequía de la cuenca amazónica y huracanes de alta intensidad; todo esto con sus respectivas consecuencias para humanos y demás animales.

Por estos días apelamos, desde distintos saberes, a la empatía como emoción esencial para replantear nuestras relaciones con seres humanos y demás animales, así como con la naturaleza en general; este replanteamiento nos ayudaría a ser partícipes de un cambio que nos aleje de la catástrofe ecológica hacia la que vamos. Los seres humanos somos seres eusociales, como también lo son, por ejemplo, las abejas o las termitas; además de esto, poseemos la capacidad de formarnos representaciones mentales de otros y desarrollar empatía emocional, que propicia relacionarse simpatéticamente con sus



Luis Camnitzer. *Landscape as an Attitude*. 1979

sentimientos; estamos entonces en capacidad de establecer relaciones a largo plazo, basadas en el aprecio y valoración del otro.¹ Entendemos que la empatía tiene un momento precognitivo o emotivo, que se refiere a la reacción empática sobre los intereses de los demás; y uno cognitivo, en el que estamos en capacidad de encontrar las similitudes y diferencias entre nosotros y los demás, movernos entre el punto de vista propio y el del otro y concentrarnos en la tercera persona, superando la posibilidad de las proyecciones narcisistas.²

La empatía puede ser una habilidad evolutiva y se discute si en algunos momentos se trata de una respuesta "automática", pero, en todo caso, partimos del hecho de que es plástica, influenciada por procesos y normas sociales y culturales y las expectativas generadas por estos. De manera que, lejos de toda concepción determinista, entendemos que es posible educar en la empatía y es posible hacerlo en todas las edades del ser humano.

La empatía es una habilidad importante para establecer relaciones éticas, pues nos permite

conectarnos con los otros como individuos específicos en sus circunstancias particulares. Sin embargo, es solo un mínimo requerido para este tipo de relaciones, y tiene sus límites y condiciones. Los límites se dan cuando la lejanía es grande o extrema, haciendo incomprensibles las emociones o condiciones de bienestar de los demás; por ejemplo, a pesar de que sabemos cuántas personas sufren por la guerra en Siria, dada la distancia, nuestra posibilidad de una respuesta empática se limitará a alguna reacción a alguna foto o video; esta posibilidad puede ser todavía más reducida si hablamos de otras especies, especialmente aquellas que no consideramos “bellas”, o si hablamos de ecosistemas de cuyo bienestar poco entendemos. Es por esto que en el estudio de la ética entendemos que la empatía es una primera instancia de nuestro acervo moral, que tiene que ser complementada con lo que en filosofía llamamos razones morales. Se trata, empero, de una respuesta importante para proveer de motivación emocional nuestras razones morales.

Sus condiciones son claras: no se genera empatía frente a seres que son percibidos como cosas, que se entienden como incapaces de experimentar emociones, que son concebidos como propiedad o con los cuales hay una relación jerárquica, que se piensa que es natural. Por ejemplo, los millones de animales que son explotados en la ganadería, intensiva o extensiva, son considerados *commodities*, objetos que solo tienen un valor comercial; en general, priorizamos el valor comercial de los animales e incluso compramos a los animales con los que convivimos. Por lo demás, dividimos la naturaleza en partes que comprendemos meramente como recursos; nos entendemos como seres superiores en un entorno a dominar, no reconocemos ninguna dependencia de la naturaleza (ecodependencia) y hemos construido una idea de desarrollo basada en la explotación, la destrucción, el desperdicio y la saturación. La empatía requiere, primero que todo, un cambio de ontologías y una visión crítica del mundo apoyada

por múltiples saberes. Requiere abandonar la visión jerárquica, antropocentrista y especista, que nos impide ver en los demás animales, o en la naturaleza en general, seres o sistemas con un bienestar propio, y que nos oculta, además, nuestra gran capacidad de hacer daño. La empatía no se desarrolla allí donde el daño a los demás se niega, se oculta, se menoscopia o se justifica. Desarrollar empatía frente a los demás animales o la naturaleza no cambiará todas nuestras relaciones morales con estos, pero contribuirá a establecer relaciones éticamente relevantes, que nos lleven a desarrollar valores como la solidaridad y el respeto.

Se puede educar en la empatía ecológica, sobre todo educando en la cercanía y comprensión de la naturaleza y de los animales; hemos sido mayormente educados en la lejanía, el repudio o el uso y abuso de los demás animales y de la naturaleza. Para lograr esta educación, desde la academia debemos establecer redes de saberes que, lejos de la competencia, establezcan un diálogo crítico con sentido ecosocial. Por lo demás, todas y todos podemos ser educadores de nuestros pequeños mundos, nuestras familias, amistades, vecinas y vecinos, entre otros. Desde una academia éticamente comprometida, hemos de hacer lo que podamos, con los recursos que tengamos a la mano, para evitar el desastre ecológico al que nos estamos acercando.

Referencias

- 1 Ricard, M. (2016). *A Plea for the Animals*. Schambala Publications.
- 2 Gruen, L. (2015). “Entangled Emphaty”, en: Corbey, R., & Lanjouw, A. (eds.) (2015). *The Politics of Species: Reshaping our Relationships with Other Animals*. Cambridge University Press.

Paula Cristina Mira Bohórquez es profesora del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Doctora en Filosofía de la Universidad de Mannheim (Alemania).